

## LOS GALGOS DE LA MAR

Antonio Ávila Chuliá

### EN LA MAR COMO EN LA VIDA HAY QUE MIRAR HACIA EL INFINITO

Como otros veranos he salido a navegar con la fiable, sólida y vetusta Galilea, yate familiar de dieciocho metros de eslora y cuarenta años de edad. Nombre femenino, como la tradición manda, ignoro si ya lo ostentaba en el momento que lo compramos, por ello no sé a ciencia cierta cuál fue la intención al designarla con tal apelativo, en hebreo significa "la provincia". Pese a su avanzada edad la embarcación goza de buena salud, está cuidada, atendida, mimada. Es sin duda la envidia de muchas embarcaciones más jóvenes. Además, se puede acrecentar ésta sana pasioncilla si el común de las gentes supiese el cariño que le profesa la familia, sin regatear esfuerzos para que luzca en plenitud, con el máximo esplendor en el Club Náutico.

La mar sosiega el pensamiento y la reflexión se desliza, fluyendo en esos días de pilotear al compás de las cadenciosas olas. Es el momento de las percepciones. Vislumbro que la felicidad es una forma de valor que pertenece a quienes lo sacan de su envoltorio. Reside en el ocio del espíritu o en quienes saben unir el término con el principio de la vida. A fin de cuentas, con los años vividos y las tormentas acaecidas es con lo que se reconoce al buen patrón. Los que principiamos hace años en el Sector de las Seguridades sabemos que lo ocurrido es pasado. Me niego a marcarlo con números: todos tuvimos afanes excedidos, triunfos paralizados e igualmente éxitos en el quehacer elegido con libertad desde hace cuantiosos abriles. Nunca desdeñemos las enseñanzas de los maestros para tratar de ser mejores. Disponemos de buenos profesionales, jóvenes con oficio que ocupan puestos de responsabilidad. Me siento orgulloso de compartir su amistad.

Se sale a navegar por el ánimo que da el conocer que aguardan tu regreso. El obstinado balanceo, atenuado por el suave oleaje, medio amodorrado, revive en mí lo acontecido hace harto tiempo en el Cabañal. Refieren las crónicas, consta en los escritos, que durante el Gobierno de Felipe V, los señores Patiño y Ensenada, Intendente General y Lugarteniente del Almirantazgo, respectivamente, convinieron con los habitantes de los lados de la acequia de los Ángeles, Pueblo Nuevo del Mar, así como con los vecinos de la Albufera, cuya ocupación habitual y modo de vida era la captura de peces en las indicadas localidades, se les concediese el Monopolio de la pesca en los referidos pueblos. Como contrapartida señalaban que los comentados colectivos, hechos a las batallas del océano, serían reclutados en caso de guerra para gobernar los barcos de la Real Armada. No olvidemos que España sostenía un imperio en ultramar, por ello, los marinos profesionales permanecían enrolados en la Marina Real hasta los sesenta años de edad, dada su experiencia, así como el buen hacer que los almanaques suministran a un oficio, trabajo, actividad o tarea como la de navegante. Al mismo tiempo, aseguraban en caso necesario una tripulación de grandes profesionales en los reales navíos. Se dice que un marinero que hubiese servido en estos bajeles no haría trabajos fuera de la mar que no fuesen de prestigio.

Acordarse es volver a vivir, y, los recuerdos no pueblan nuestra soledad, sino que la ahondan. Evoco mi niñez envuelto en efluvios de sal y brea, sobre la fina arena de la

playa donde asentaban sus reales unos astilleros de ribera en los cuales se construían yates, veleros, goletas. Allí descollaba una embarcación muy levantina: un falucho: barca ligera de un solo palo muy inclinado hacia proa, la vela que iza es latina de gran superficie. Aparte de dicha vela, una mesana y un foque. El máximo desplazamiento que tenía era de unas cien toneladas. Alcanzaban gran velocidad, de ahí que les apodaran los galgos del mar. Perfectas para el transporte urgente de mercancías e igualmente para el contrabando.

En esos talleres brotaban y fenecían barcas, gabarras, falúas, barcazas u otros pontones de diferente denominación que por longevas, con el vientre abierto, mostrando sus costillas, corroídas por el tiempo, reposaban sobre la dorada arena, empeorando al sol. Entre ellas, destacaba una, era especial. Mi abuelo solía concluir allí sus paseos, se trataba de un falucho que la mar inmisericorde golpeaba de modo incesante, inundando sus maderos. El astro rey favorecía su decrepitud. No persistía ni el nombre pincelado en sus amuras. Tan solo su esqueleto, propio de una existencia agotada, destrozada, despedazada, quebrantada, hecha añicos.

Nadie lo expuso, atestiguan quienes están al corriente. La barcaza sufría, enfermaba, penaba, agonizaba al ver como se alejaban de la playa erguidas, majestuosas, soberbias, las novatas embarcaciones, mostrando sus nacaradas velas, desplegando en las arboladuras la bandera de España, esa que con tanto orgullo luciera la balandra allende los mares. Abatida se interrogaba: *-¿Como vivir eso de nuevo?*, mientras ofrecía a los vientos su maderamen destrozado, pálido, fuliginoso, las cuadernas roídas por la mar, desfilaron ya los tiempos de fama. El caer no ha de quitar la gloria de haber subido. Rey de los mares, envidia de los barcos de su clase, puntual, con magnas e incesantes capturas en la pesca, justa reputación ante la marinería, su ultimo patrón el tío "Perot": él lo había heredado de su progenitor. Aun barbilampiño, mozuelo se embarca, el padre aconseja: *- Recuerda, aquel que no sale de su país y visita otros es como si tan solo leyese la primera hoja de un libro.* Hace caso, navega, ve mundo, aprende a ser competitivo, incluso malogra la condición de patrón, lo cual le obliga a aceptar la de dirigente; se erige en el eje central de la empresa, aunque los miembros de la tripulación van a la parte, busca un enriquecimiento acelerado. La marinería responde a la reputación de los hombres de la mar: valientes, laboriosos, imaginativos, íntegros, veraces, claros, incluso audaces. Viven las largas singladuras en muy poco espacio, ello les obliga a ser un equipo ejemplar.

Transcurre el tiempo, sobrevienen insólitos acontecimientos. Cuanto existe está sometido a su efecto. Atrás quedan los logros del lozano barco, de su tripulación, el transporte de vino a la Habana y Santiago, las cargas de azúcar, copra, tabaco de Santa Isabel de Fernando Poo, algodón, vainilla, marfil... La arribada habitual a puertos como Casablanca, Marsella, Gibraltar, Malta, Argelia... Envejecen juntos, deciden poner rumbo a mares sosegados, amarraderos próximos, transbordar fruta a Barcelona, de mayo a agosto, el resto del año a la pesca.

Nada permanece en el mundo que no experimente los cambios que el ciclo de la vida trae consigo, el tío "Perot" plantea a la marinería la conveniencia de vender el velero. Son añosos, maduros, cree llegada la hora de permanecer en tierra, con lo cual darán por cancelados los cánticos en las travesías, los júbilos de los regresos, las tormentas, tifones, vendavales, borrascas, los sobresaltos, desasosiegos, angustias, miedos, las

tristezas, lutos, sufrimientos, morriñas, los rezos, oraciones, invocaciones y plegarias al Santísimo Cristo del Salvador del Cabanyal.

La embarcación, cuyo primer nombre fue "Pepito", fue adquirida por un adinerado patrón. Enseguida la destina al transporte de peñascos para la cimentación de la escollera del Puerto de Valencia. No cuida, conserva ni le importa el falucho, tan solo los beneficios que pueda lograr. Ningún marinero del viejo equipo es empleado. Privado de los más elementales cuidados, sin pintura preservadora de su estructura, junto al sobreesfuerzo al cual es sometido, acaban con su agitada vida. Lo propio sucede con sus marinos, consumen sus existencias dedicados a guardar embarcaciones que no salen a la mar o recogen coquinas en la playa para ganar su sustento. Solo el tío "Perot", José Chuliá Montoro, mi abuelo, tendrá la oportunidad de narrar su historia en la Escuela de Flechas Navales, como profesor de navegación y maniobra. Siempre he creído que debí aprender más de este ser humano.

Durante muchos años el falucho se convirtió en el punto de reunión de los marinos varados en tierra, algunos de ellos incluso, habían formado parte de su tripulación, ganado su vida, así como procurado la de sus familias. Tipos libres, amantes de la mar. Rostros curtidos, tostados, con mil quejas, preñados de historias, leyendas, tradiciones, fraternos, viriles, resueltos. Como se insinúa: gente, mucha; hombres, pocos.

Preservemos las compañías, sociedades, firmas, organizaciones cuya razón de ser son los clientes; la ética es indispensable para triunfar en ciclos venideros, sacrifiquemos lo necesario para la supervivencia. No olvidemos que la experiencia retornará a las empresas. Cuidemos que la edad no imprima mas huellas en el alma que en el cuerpo. No echemos en saco roto el arranque de este relato, Felipe V valoraba en gran manera a los profesionales de sesenta primaveras. Los años nos enseñan muchas cosas que los días no saben nunca.